

América Latina en soledad*

Luis Alberto Montenegro Mora
Director Editorial UNIMAR
Universidad Mariana

No todos somos iguales, no todos debemos ser iguales. ¿Quién determina la condición de original, real, válido, o verdadero? Desde las primeras crónicas sobre América, hasta los tiempos contemporáneos, el realismo mágico ha estado presente como fragancia propia de estas tierras, tan impredecibles que sus lógicas no son propias del pensamiento eurocentrista. Las tierras americanas son leyenda y mito; aquí era y es posible la ruptura de la realidad, tal vez -porque no es lo único- lo sagrado de las comunidades precolombinas impregnaron el lado más codicioso de los reinos invasores, hombres tan mundanos que vivieron y murieron en su ley -delirio áureo-. No obstante, la independencia escribió los puntos suspensivos de una etapa infernal en el territorio americano, sin embargo, dejó en el poder a la demencia vestida de dictadores y esculpida en monumentos, como si el destino de opresión y maltrato al pueblo americano fuese un designio de los dioses andinos.

Los oídos europeos escuchan con asombro los relatos de América Latina, ubican sus pañuelos de admiración en sus lenguas viperinas, y creen que las obras esculpidas bajo el sol de los americanos, no es más que una ficción; ¿Acaso está condición de leyenda es lo que identifica a América Latina? En donde los hombres son más que carne y hueso, son ideas y también hechos. América y sus guerras han impreso de rojo las banderas de sus naciones, sus muertos y fantasmas bailan en la impunidad de sus calles, y susurran en las plazas capitalinas; esta realidad, la bélica, la fantástica, la increíble, la terrorífica, la sublime, cautiva al europeo por ser netamente americana, atrevida ante la vida. La imaginación no es un problema para el americano, ya que su realidad supera la ficción; los personajes novelescos no son más pintorescos que

los que se escriben a diario en las calles latinoamericanas. Por lo anterior, lo complicado del acto creador en este continente, radica en evidenciar lo increíble en la cotidianidad del americano.

Por la belleza, o quizás por la rareza de América, se ha vuelto más difícil el punto de comparación con otros continentes, en especial con el europeo, acostumbrado y abrumado por su historia. No extraña que los europeos tiendan a medir a América de la misma forma que ellos por años y siglos se han valorado, sin entender que no somos europeos, ni tampoco contamos con el recorrido histórico y cultural que ellos han tenido, ya que el nuestro fue abolido por la invasión y colonización, por lo que es más que oportuna la afirmación de Gabriel García Márquez (1982) cuando menciona que:

Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. (p. 2).

La interpretación de América con sistemas extranjeros es errónea, esto sólo permite ampliar la brecha que existe entre continentes, aislarnos de lo que el europeo considera correcto, es decir, lo que ellos son; por lo que América crece en soledad, desde el rechazo a su esencia, a su naturaleza, desconociendo sus momentos y procesos.

La Europa actual abofetea ocasionalmente la realidad americana, la humilla, no la reconoce como verdad, olvidando tal vez la juventud sociocultural que concentra este territorio, sin recordar que su historia, más larga, dramática y conflictiva que la nuestra, es evidencia de lo que un día fueron, y fue abono y es razón

que alimenta el presente de sus naciones; en definitiva, son en gran medida lo que fueron en algún momento; no obstante, si el europeo reflexionara sobre lo anterior, sería menos conflictivo para los americanos el acercamiento entre continentes, a partir del entendimiento desde las diferencias, aquellas que pueden en lo cotidiano y actual ser impresionantes, pero que sin embargo, su historia -pasado- y nuestro presente tienen la misma entonación. De algún modo contradictorio, esa diversidad y originalidad americana es bien recibida por el europeo en ciertos escenarios, aunque, es rechazada en otros; de similar manera, la justicia con la que gobiernan sus pueblos, no es la misma con que enjuician a los territorios americanos, ¿Dónde está la solidaridad con estas tierras que aún no dejan de crecer y aprender? ¿Acaso no es posible vivir al margen de los dueños del mundo? Aquellos que ven en América un pasado no muy lejano de sus gentes e historias.

¿Cuál es la respuesta de América a su soledad? Es la vida que nace en cada rincón de su cuerpo, que a pesar de la sangre, la muerte y el dolor, germina en campos de hombres con sueños, bajo cielos de esperanza y cofradía. La consigna del viejo continente es una propuesta de muerte, poder para matar, aniquilar, desaparecer, para violentar al otro. La propuesta americana es una flor por la vida, por la posibilidad del hombre de sobrevivir de sus propios ataques:

Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra (García, 1982, p. 3).

Referencias bibliográficas

García, G. (1982). La Soledad de América Latina. Recuperado de http://estaticos.elmundo.es/especiales/cultura/gabriel-garcia-arquez/pdf/discurso_gabriel_garcia_marquez.pdf

* Breve análisis y reflexión del discurso titulado: La soledad de América Latina, declamado por Gabriel García Márquez en 1982, cuando la Academia Sueca le otorgó el Premio Nobel de Literatura